

19. P. Bernabé Arpa

El P. Bernabé Arpa nació en Torrijos (Teruel) en 1746. Vistió el hábito calasancio en 1763 en Peralta, y allí profesó un año más tarde. Fue un gran matemático y perito calígrafo, formando aventajados alumnos. Preparó también “Academias” de fin de curso. Para ellas escribió algunos diálogos, (probablemente) como el que transcribimos a continuación. Falleció en Zaragoza en 1784.

A mediados y finales del siglo XVIII era común en las Escuelas Pías clausurar el curso con una Academia (los alumnos mayores) o Doctrina General (los alumnos de la escuela de escribir o primaria) en la cual había siempre un combate de catecismo entre los alumnos, para ver quién lo había memorizado mejor. Entre los diversos actos de estas Academias había algunos diálogos, como el que transcribimos. En este caso se trata de un diálogo entre un maestro escolapio y dos niños, uno ya discípulo de las Escuelas Pías de Zaragoza y otro que todavía no lo es. Tal vez refleja en cierto modo el mismo ambiente que Calasanz vivió en Roma dos siglos antes... El diálogo refleja bien algunos aspectos del contexto y la actividad escolar de los escolapios hacia mediados del siglo XVIII. Tomado del volumen “Papeles Varios D-b 9” de nuestro Archivo Provincial.

Diálogo entre un Maestro y un Discípulo y un Labrador

Maestro - ¿Es posible, niño, que sea así como dices?

Discípulo - Padre mío, ni más ni menos. Moro murió mi padre y moro he de morir yo. Aquí no hay más.

Maestro – Vaya, que no puedo creerlo. ¿Pues así habían de malograr sus padres una ocasión como la que tienen en estas escuelas de Zaragoza para aprender sus hijos la doctrina cristiana?

Discípulo - No debía ser así, pero lo es. Usted es nuevo en esta tierra y no lo creerá, pero los muchachos como moscas andan por las calles apedreando los perros, sin cuidar sus padres de que vengan a la escuela, y el caso es que a los que venimos se nos burlan a todo burlar.

Maestro - ¡Ah, Dios mío! ¡Me atraviesa el corazón!

Discípulo - Pues no para aún aquí, sino que nos llenan de desvergüenzas, y uno ha de callar por la cuenta que le trae, porque si se intenta volver las tornas, está uno temblando no pase en llegando a la escuela de infante a caballero¹, y esto a mí me huele a cuerno quemado.

Maestro - ¿Cómo? Vil respeto dejar de ofender a Dios por solo temor del castigo. Huye ofenderle, hijo, sí; pero porque es Padre, y si a castigo temes, teme más el eterno.

Discípulo - Ya me lo han dicho ustedes otras veces, pero dígame por Dios, Padre, ¿no es cosa fuerte que le han de decir mil perrerías a uno y que no ha de decir uno esta boca es mía?

Maestro - No digo tal, desquítate enhorabuena, pero ¿sabes cómo?

Discípulo - ¿Tirándoles buenas pedradas y andando con todos a cachetes?

Maestro – Sí, cierto: mira, pues, que moro al cabo para tantas bravatas. El modo de desquítarte es hacer bien al que nos hace mal, y a tales muchachos el mejor bien que les podrías hacer sería traerlos a la escuela.

Discípulo - ¡Ay, Padre mío! A bocados se me comerían, y lo más es que ayudarían sus madres, apoyando sus errores como acostumbran, y siendo la causa principal de que ellos hagan más pimientas.

Maestro - No digo que los traigas por fuerza, sino de buenas a buenas, y de esto sus madres te darían muchas gracias.

¹ Alude al castigo “del caballo”, o azotes en el trasero, común en la época.

Discípulo – Sí, gracias de mi alma; con algún palo puede ser si me alcanzaran. En fin, Padre, esto es gastar saliva. La ignorancia es mucha y el descuido de algunos padres, más. Usted no se canse en predicar sobre esto, porque nada remediará.

Maestro - Pues yo no creo que sea tanta la ignorancia ni tan dificultoso el remedio.

Discípulo - Vive diez, que voy a buscar a uno de estos que llamamos agrestes o labradores para que usted se lo vea. He aquí uno. Digo, muchacho, ven acá, mira qué pelota.

Labrador - ¡Hola, y qué guapa! ¿Ya me la darás?

Discípulo - Puede ser que sí.

Labrador - Pues ¿qué quieres?

Discípulo - Que te quites el gorro y beses la mano al Padre.

Labrador – Quitá, quitá allá: no me pillarás.

Discípulo - No temas, pandero. ¿qué te ha de hacer el Padre?

Maestro – Déjalo, que ya irá aprendiendo poco a poco. Dime, niño, ¿cuántos años tienes?

Labrador - Tengo diez.

Maestro - ¿Vienes a la escuela?

Labrador - No quiere mi padre, y más quiere que vaya al campo a cavar.

Maestro – Vaya, que tu padre bien querrá que vengas, sino que tú no querrás.

Discípulo - ¿Quiere usted que yo le diga la verdad? Pues ni quiere su padre, ni su madre, ni su abuelo, ni él. ¿Ve usted lo que yo le decía?

Maestro – Pues, hijo, ¿por qué no vienes a aprender a leer y escribir?

Labrador - ¡Otra! Bastante en sé.

Discípulo - Como que...

Maestro - Calla tú, charrador, que hablas por los codos.

Discípulo – Padre, bien puede usted perdonar, porque reventaría si no le preguntara una cosa. Dice que bastante sabe; pues ¿cómo se llama la o?

Labrador – Erre.

Discípulo - Si como has dicho erre dices arre, te venía de molde.

Maestro – Hijo, no sabes bastante y menos sabrás la doctrina cristiana, y sin saberla no se puede ir al cielo.

Labrador - Pues qué, ¿no sabe usted cuánto panizo hemos sembrado en este año ni cuánto trigo en el monte?

Maestro - Deja eso, niño, que a mí nada me importa, y dime cuántos dioses hay.

Labrador – Tres

Discípulo - Docenas de reverses te habían de dar, pedazo de quis vel qui.

Labrador – Hola, el fanfarrón. ¿Quieres apostar que te rompo los sesos? ¿A quién dices quis, quivis, quis?

Maestro - Que no te dice quis, quivis, quis, sino que no sabes la doctrina cristiana.

Labrador - mejor que no él.

Discípulo - Pues si la sabes mejor, ¿en dónde está Cristo?

Labrador - ¡Oh! ¿Eso es cosa muy honda?

Discípulo - ¿Honda? Yo había de ser cura, que ya te la haría aprender.

Labrador - Pues ¿qué harías?

Discípulo - No te había de casar a ti ni a ninguno que no supierais la doctrina cristiana.

Maestro - Y no pienses que no harías nada que no hagan en muchas partes de nuestra España.

Discípulo – Sí, señor, y lo que dice mi abuelo, y a fe que no por lo que me toca, y que me toca bastante, pero es el mejor abuelo que calienta al sol, y eso de buen cristiano, a machamartillo. Dice, pue, que a semejantes... (¿me gritará usted si digo tumbos?)

Maestro – Sí, que no quiero apodos a nadie.

Discípulo – Pues, Padre, mi abuelo así los llama, pero llámense, si a usted le parece, guapos chicos. Dice pues que a semejantes guapos chicos los habían de llevar a la casa de poco pan, y a sus padres a las bombas de Cartagena. Eso de bombas y de Cartagena yo no sé lo que es, pero no será muy bueno, porque cuando lo dice se pone como un liviano

Maestro - Bien lo creo, porque semejantes expresiones son de un ánimo acalorado e hijas de un celo indiscreto. Sin tanto ruido se puede todo remediar, como en otras partes se ha remediado. Los que gobiernan esta muy ilustre ciudad de Zaragoza me consta que son temerosos de Dios, y no desconfío que, viendo algún desorden en este asunto, pondrán el remedio que su prudencia y Dios les inspire. Pero de esto yo les hablaré a su tiempo.

Discípulo - ¿Pues no se lo dice usted ahora bien claro?

Maestro - ¿Quieres callar, hablador? Tú, niño, toma estos santicos y verás lo que hacen estos. Vaya, vendrás siempre que puedas a la escuela.

Labrador - ¡Otra! ¿Y jugar?

Discípulo - Ya jugarás aquí también, y algunas veces sin tocar ni en cielo ni en tierra, porque amigo la letra con san... pero no espantemos la caza. Ven, siéntate aquí y verás cómo reñimos.

Labrador- Si eis de reñir, no quiero sentarme, que también quiero reñir con vosotros. Por vida, que al más tieso me atrevo, y a fe que han de salir los mocos rojos. Y si reñimos todos los días, vendré un ratico a la escuela.

Discípulo – Vaya, calla que no haces más que desatinar. Nosotros nos reñimos como vosotros. Siéntate, siéntate y verás.

Maestro - no es propio de este lugar, queridos, el trato tan común y trivial que usáis con vosotros mismos acerca del asunto de que tratamos, ni decente para las personas que nos escuchan. Tú, niño, vives engañado en tu modo de pensar, y este, como más obligado a usar contigo de más cortesía, ha caído en un error digno de que yo en algún tiempo le haga cargo. Por ahora quédate con nosotros; te enterarás de nuestro modo de proceder, y verás cuán diferentes son nuestras riñas de las vuestras. Vamos, pues, al combate.